

GIANCARLO CESANA

EL 68 INTERMINABLE

**UN
PUNTO
DE
VISTA
CATÓLICO**



Giancarlo Cesana

El 68 interminable

Un punto de vista católico

Prólogo de Giuliano Ferrara

Traducción de José Miguel Oriol



Título original: *L'interminabile 68. Un punto di vista cattolico*

© 2025 Liberilibri srl – Macerata

© Ediciones Encuentro S. A., Madrid 2026

Traducción de José Miguel Oriol

Revisión de María Emiliana Riverón Downes

Prólogo de Giuliano Ferrara

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 186

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Estugraf-Madrid

ISBN: 978-84-1339-275-2

Depósito Legal: M-8724-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
NOTA INTRODUCTORIA.....	11
I. 1968, ¿QUÉ PASÓ?.....	13
El desmantelamiento de la universidad	21
¿De dónde recomenzar?	27
II. LA RUPTURA CON LA TRADICIÓN.....	33
La discreta fascinación del PCI.....	38
La preeminencia moral del Estado (o del asistencialismo).....	41
Asistencialismo «bueno» y «malo»: dos ejemplos emblemáticos	44
III. LA POLÍTICA Y LA FE.....	47
Política, caridad y fe	52
La fe sin las obras está muerta	59
IV. MEDIOS Y CULTURA: ¿ES DIVISIVA LA VERDAD?	65
¿Es divisiva la verdad?.....	68

¿Guerra o paz?	73
¿Dónde está Dios?	78
El asociacionismo católico también está cambiando	84
La contribución de la Iglesia a la democracia	89
V. EL SENTIMIENTO DE SÍ	95
El valor de la vida.....	97
La sexualidad	101
El trabajo.....	105
La aspiración a la libertad	110
VI. RECOMENCEMOS A EDUCAR.....	115
La educación católica, problemas y perspectivas	118
Los hijos que no obedecen	126
La búsqueda de la felicidad.....	130

PRÓLOGO

Este es un manual de lo obsoleto. Quien busque originalidad, sinceridad, autenticidad, innovación, razonabilidad, resultará decepcionado. El punto de vista católico sobre 1968, año fatídico, y sobre sus consecuencias en todo el mundo, es el de una verdad que ha quedado arrumbada, ya sin rumbo, aparcada como ideal inservible, una realidad objetiva que no aguanta la prueba de las interpretaciones subjetivas, fulgurantes, rutilantes, destellantes. Educación, fe, trabajo, sexualidad, amor, caridad como política y política como caridad, ética pública y moral privada, función de la Iglesia y del dogma, cristianismo y la misma persona de Cristo Jesús, todo está ya felizmente desacostumbrado. La voz de Cesana es tonante, fuerte, incluso seria, hasta monocorde, no aspira a convencer; en lugar de persuadir y seducir evoca más bien lo que en la mentalidad corriente ya no existe, no tiene tracción, y se apoya en la sorpresa, lo que para él, católico oriundo de Brianza, orientado a la mentalidad social milanesa, universitaria, desde el final de los sesenta, quiere decir, don Giussani

y compañía. La época de los movimientos, del carisma que se somete a la autoridad, cuando la autoridad reconoce el carisma popular, juvenil, la efervescencia del conformismo como práctica austera y rebelde de vida.

Los de la Fraternidad de Comunión y Liberación, del *Movimento Popolare*, son tipos hechos así. Su hábito es la túnica sin costuras, una síndone. Su cuerpo se resume en el famoso corazón de carne en lugar del corazón de piedra de la mitología apolínea de los paganos. Pero se reconocen en el juramento de Hipócrates, valoran la vida como un capítulo de la existencia y la existencia como un ansia de felicidad que se puede seguir siempre que alguien, carismático o consagrado, o carismático y consagrado, nos indique el camino. Con el tiempo se han organizado, han percibido movimiento y reflujos, han combatido el terrorismo y la violencia, han esparcido hectolitros de incienso intelectual, han penetrado en la modernidad con habilidad política, pero siempre en un ambiente de disconformidad programática, buscando aquello que ya no se encuentra más. En ellos quizá hay demasiado Dostoievski, un gran drama o espectáculo moral que en algún caso presenta al público un aspecto verboso y farragoso. Pero ojalá siguieran ahí. Cuando yo era un pequeño orador católico, comprometido en el colateralismo laico con la Iglesia y sus movimientos, me gustaban mucho. Continúan gustándome, Cesana es un campeón de raza salido de la Brianza pura y dura, como demuestra este libreto ideológico suyo sin ideología, por su asco y su rechazo a la fantasía creativa. Se sienten criaturas, son sumisos sin ser islámicos, algo totalmente distinto.

¿Qué se puede decir de las ideas de Cesana? Una reconstrucción histórica en ciertos momentos impecable: la hay. Una reseña de los muchos motivos por los que no podemos no llamarnos cristianos: la hay. Una obstinación, precisamente, que es la disconformidad misma, que expresa los capítulos borrados de la pretensión absurda de la verdad: la hay. Están la disciplina y la obediencia, Cesana apuesta por creer que no existen cesuras en la Iglesia de Pío XI a Francisco, pasando por esos gigantes que fueron Woytila y Ratzinger, siempre considerando todo en el surco de un próximo santo futuro, venido de la escuela pública, don Giussani. Una empresa a su modo titánica, como la de su estrecho socio y amigo mío Luigi Amicone, llamado a testificar en estas páginas. La empresa intelectual de un laico fideísta, que nutre pocas ilusiones y se mantiene intranquilo en la cuna de la insatisfacción, pero arde con algo, con un fuego sagrado que se enraíza en el pensamiento inactual. Una versión completa y directa, rápida y obsesiva de nuestra historia reciente. No me parece poco.

Giuliano Ferrara

NOTA INTRODUCTORIA

En 2018, al acercarme a la jubilación de la universidad, decidí aceptar la propuesta de la revista *Tempi* para colaborar establemente con un artículo mensual. A su director, Emanuele Boffi y a su más estrecho colaborador Pietro Piccinini, me une una gran amistad que continúa la que tuve con sus padres, en particular con Enzo Piccinini, trágicamente desaparecido en 1999. A Emanuele y Pietro —a quienes conozco desde niños, amigos de mi hijo mayor Giovanni— la cabecera les fue inteligentemente confiada por su fundador-director Luigi Amicone, a quien también me había unido una larga y profunda amistad. Amicone, que nos ha dejado de improviso, él también, hace pocos años, demostró agudeza, porque ellos, que eran solamente chavales jóvenes, implicando a otros coetáneos suyos, han logrado mantener la revista y continuar su originalidad.

La amistad es la fuente de este libro. He seguido las sugerencias de los responsables de *Tempi* de reconsiderar mis cinco años de artículos como ocasión para recoger las ideas más orgánicas y ponerlas aquí. En el

2018 se ha celebrado el cincuenta aniversario del 68. Cuando empecé a intervenir regularmente en *Tempi* me encontré en medio de numerosas celebraciones y análisis, hablados y escritos sobre aquel año para una mayoría, formidable, y para una minoría, terrible. Paola Navotti, amiga y colaboradora histórica mía, observó que —de entonces a hoy— ha pasado toda una época y que este trabajo mío podía considerarse la expresión de la perspectiva con la que he mirado y vivido aquellas circunstancias, que, precisamente a partir del 68, han producido la actual mentalidad corriente. Es la contribución de mi testimonio que puedo dar a todos, que obviamente se restringe a quienes lo quieran leer.

I. 1968, ¿QUÉ PASÓ?

1968 fue un año fatídico, para muchos y también para mí. Yo tenía veinte años; entraba en la edad adulta —entonces fijada a los veintiún años— y desde hacía algunos meses asistía a la Facultad de Medicina en la Universidad Estatal de Milán. Estaba comenzando una transformación tumultuosa sobre la que ha habido, y hay todavía, evocaciones por lo general benévolas y a veces entusiastas, a menudo encarnadas por protagonistas de entonces que hoy día ocupan muchos puestos de prestigio. Por lo que se refiere al juicio de mi experiencia, lo resumo y es algo distinto, bastante distinto: suelo decir que el comunismo yo no lo conocí en la Unión Soviética, Checoslovaquia o Alemania del Este, sino en Italia, en la Estatal de Milán. De hecho conocía, ya desde antes, un poco, el comunismo. Lo había conocido desde niño en mi familia de base popular que había comenzado por un catolicismo tradicional (representado por mi abuela), y terminado en el socialismo del Frente Popular (mis padres), y en un comunismo ingenuo y abstractamente duro, justificado por la lucha

contra la injusticia (representado por los tíos y primos en su mayoría obreros de la gran industria de Sesto y de Turín). También mis parientes de Toscana (los primos y tíos de mi madre) —campesinos y algunos de ellos artesanos— eran todos comunistas y sin Dios. Yo seguía el clima familiar, pero no a fondo, porque la tradición católica de Brianza, donde nací y crecí, y el catecismo intensivo de la infancia me impedían hacerme ateo y acriticamente confiado en la indiscutible bondad de los pobres y la irremediable maldad de los ricos.

En mi tardía adolescencia, por lo que podía comprender, había optado por el socialismo democrático, puesto que me parecía más oportunamente moderado. Participaba en disturbios, reuniones, marchas y manifestaciones, sobre todo tercermundistas, cuyos líderes eran a menudo curas y monaguillos jóvenes.

El verdadero comunismo, aplicado, lo iba a conocer en la Universidad. Empezó como una insurrección juvenil antiautoritaria y a favor de la igualdad social. Progresivamente se fue transformando en autoritaria y liberal. Al ser de primer año, de provincias y un poco ingenuo, participaba en todas las asambleas que se celebraban en el aula de Anatomía de la calle Mangiagalli, la más grande de la Facultad de Medicina. Me sorprendían dos hechos.

Quienes más intervenían en las asambleas eran por lo general hijos de profesores y padres bienestantes, en muchos casos con roles importantes en la vida pública. Poquísimos eran hijos de obreros o de «personas humildes», como yo. Recuerdo una estadística que

reflejaba un porcentaje de estudiantes universitarios hijos de obreros extraordinariamente bajo, cerca del 1%. La escuela, por otra parte, era muy selectiva. Para ir a la universidad hacía falta haber pasado por el liceo clásico o científico; para ir al liceo se necesitaba —a su vez— haber cursado las enseñanzas medias con latín, después de un examen de admisión que se añadía al examen de quinto de primaria, lo que entonces era el final de la escuela obligatoria. Para explicar la selección escolar de aquellos tiempos resulta representativo lo que sucedió en mi pueblo Carate Brianza que, en 1961, contaba diez mil habitantes. En la primaria teníamos tres clases numerosas, llenas de hijos de soldados que habían vuelto de la guerra. A la enseñanza media con latín llegamos once de nosotros, todos inscritos en un colegio católico cercano, que se consideraba más fiable y seguro respecto a la enseñanza media estatal, que —dado que vivíamos en Monza, a más de diez kilómetros de Carate— nos obligaba a los once años de edad a tomar el autobús. En el segundo año me enviaron a la escuela media estatal porque no había dinero suficiente para pagar. Al liceo nos inscribimos tres y a la universidad dos. Precisamente contra la selectividad de la instrucción se desencadenó la primera batalla universitaria: el primer paso hacia el 68 en la Facultad de Medicina. Los estudiantes mayores nos hicieron ocupar la facultad a los de primer año —siempre muy numerosos en los cursos, a diferencia de ellos— debido a que en el examen de Bioquímica habían suspendido a unos noventa estudiantes sobre poco más del centenar. Era noviembre o diciembre de 1967.

El otro hecho que me chocó fue el carácter abstracto que tenía la lucha contra la selección. El derecho al estudio se afirmaba prácticamente como derecho al resultado del estudio sin estudiar, en particular para los que tenían dificultades económicas. Los profesores fueron reducidos al silencio, en algunos casos incluso con violencia. Durante años literalmente los acosaban por los pasillos, excepto obviamente a los que estaban a favor de los estudiantes y se comportaban como agitadores. Muchos exámenes fueron dirigidos por los estudiantes que juzgaban a sus propios compañeros en asamblea popular, donde además del dominio de la materia se valoraba el compromiso político y cultural del examinado. Recuerdo que, para decidir si poner 25 o 26 de nota a un compañero nuestro, se discutió toda una tarde: el silenciamiento de la docencia dejaba sin criterio para descubrir lo que se sabía. Los cursos se convirtieron en grupos de estudio y de trabajo durante ocho horas al día, como hacían los obreros en las fábricas. Así, en un mundo científico que se volvía cada vez más internacional, nosotros nos convertimos en autárquicos, con nuestra ciencia popular y revolucionaria. Naturalmente los estudiantes de familia pudiente y culturalmente elevada continuaban yendo al extranjero con un motivo añadido: allí se aprendía y aquí no.

Aun con estas perplejidades, yo me sentía parte del llamado «movimiento estudiantil»: Además de participar en las asambleas cotidianas, me implicaba en los grupos de estudio y de trabajo y leía mucho, tratando de comprender y documentarme sobre lo que sucedía

a mi alrededor. En medio de mi trajín, no solo mental sino también físico (los continuos desplazamientos entre Carate y Milán para seguir cursos, debates y nuevas amistades) sucedió un hecho tan inesperado como deseado. Me enamoré de una chica que durante un breve tiempo me correspondió, pero después ya no. Yo, que buscaba la justicia para todos, me encontré siendo objeto de lo que sentía como una gran injusticia: lo que más deseaba no podía tenerlo. Seguí adelante durante tres años con un pensamiento fijo: o mi deseo y yo estábamos equivocados y no había por tanto ninguna esperanza de encontrar correspondencia, o bien la respuesta a mi deseo existía, pero tenía que venir de algo que todavía no conocía. La respuesta llegó de manera imprevista.

Yo estaba bautizado, catequizado y había asistido con frecuencia al oratorio¹; y aunque de mala gana, todavía iba regularmente a misa. Sin embargo, desde la adolescencia había empezado un lento distanciamiento. No llegué a ser ateo, pero vivía un cristianismo según «mi parecer»: aproximativo y arbitrario, excepto para las reglas morales que, apoyadas por el contexto social, determinaban la relación con los demás y con las cosas. El entusiasmo por la Iglesia estaba por tierra, como un instrumento que no se sabe para qué sirve. Hasta que, por pura casualidad, apreté el botón de una grabadora

¹ Se llama así al conjunto de actividades formativas, culturales y deportivas que se agrupaban en torno a las parroquias (ndt).

que reproducía una intervención de don Luigi Giussani, presumiblemente a un grupo de estudiantes.

No conocía a Giussani, no le había oído nunca, pero al escucharle durante una hora se me aclaró —o mejor se me fue aclarando poco a poco— el camino de la existencia por entero, al menos potencialmente: la verdad no consiste en el acuerdo con lo que pensamos, es más grande que nosotros, nos desborda y debe poder ser seguida; por esto Dios, la verdad, se hizo hombre y ha venido entre nosotros. Si buscamos la verdad, y yo la buscaba intensamente, no basta profundizar en el estudio de la filosofía y de las religiones —estudio para el cual no basta una vida entera— sino que es necesario partir de la comprobación de la tradición más cercana que nos ofrece la familia y la comunidad popular en la que vivimos. Si no estamos satisfechos podemos cambiar, pero siempre frente a una alternativa igual o superior. Yo, en cincuenta años, no he cambiado nunca, pero no por esto he dejado jamás de interrogarme y de volver a escoger cada vez. Muchos abandonan la Iglesia porque de hecho no la conocen.

Entretanto, a la universidad había llegado la violencia: primero ideológica y luego física. El movimiento estudiantil se estaba ideologizando progresivamente gracias a los profesores conniventes y a los estudiantes funcionarios del Partido Comunista (PCI) y, en menor medida, del Partido Socialista (PSI), que dirigían el debate y el «quehacer». No obstante, al cabo de poco tiempo, el movimiento se fraccionó en grupos extraparlamentarios, a veces enfrentados entre ellos por la

pretendida mayor corrección de su análisis político. Así comenzó la violencia entre partes anteriormente contiguas; las barras metálicas y llaves inglesas eran cosa normal. Solo estaban unidos frente al peligro supremo: los fascistas.

La mentalidad de la izquierda se volvió invasiva, totalitaria e intolerante, gracias también al apoyo de los mayores medios de prensa. Hoy se habla mucho de las *fake news*, como si fuera una novedad vinculada a Internet. En realidad, siempre han existido como instrumentos sin escrúpulos de lucha política: algo que ahora podemos ver operando, *mutatis mutandis*, en lo políticamente correcto. Nosotros, los de Comunión y Liberación, a la que me había unido en 1971, éramos denunciados como clérico-fascistas, intelectualmente retrógrados y limitados. Este último aspecto se salvó de la pelea porque, como nos dijeron los del *Movimento Studentesco*, no éramos dignos ni siquiera de que nos pegaran. A algunos de nosotros les dieron, incluso duramente, pero no con la sistematicidad y ferocidad con que aquellos grupúsculos se enfrentaban entre sí para afirmar la teoría más justa. Durante años, no solamente los de CL, sino todos los que tenían ideas distintas de las que predominaban, no pudieron colgar manifiestos en la universidad: en pocos casos si se exponían, duraban algunos minutos y solo si eran defendidos; luego eran inevitablemente arrancados con amenazas de parte de los estudiantes de guardia. Incluso utilizar un aula para tener una asamblea pública o simplemente, tener una reunión interna, era muy difícil, casi hasta el límite

EL 68 INTERMINABLE

¿Cómo ha cambiado nuestra sociedad en las últimas décadas? ¿Cómo ha influido en la desaparición de la religión católica de las mentes y de la vida de la mayoría de las personas? Giancarlo Cesana afirma que vivimos un «68 interminable»: a partir de su experiencia personal, juzga los acontecimientos de 1968 y la ruptura con la tradición, considerando también sus consecuencias sociales, políticas y morales, normalmente poco investigadas.

«Lo que me interesa recalcar es lo que ha sucedido después del 68. En efecto, las consecuencias no solamente permiten entender con claridad las motivaciones reales de lo que sucedió, sino que muestran también cuánto tiene que ver todavía con nosotros».

Depósito Legal: M-8724-2026



ISBN: 978-84-1339-275-2



9 788413 392752